

Tres memorias antiguas

Roberto Pellerrey
Universidad de Génova

Traducción de Susana A. C. Rodríguez

La memoria está presente en la cultura contemporánea como conservación en el recuerdo de las cosas sucedidas, sean históricas o personales; en cambio, para el mundo antiguo grecolatino constituye un importante instrumento de organización y de funcionamiento de la mente, además de una técnica cotidiana para la eficacia de las prácticas de vida de todos los días. Hoy, nuestra memoria se considera un archivo y un depósito de datos que condiciona e influencia nuestras elecciones y nuestras hipótesis sobre las decisiones, en el nivel personal o colectivo, o bien se presenta para reasumir el propio pasado. Para la cultura griega y latina, la memoria hace funcionar al hombre y al mundo, permite pensar, hablar y tener relaciones con la colectividad: es decir, tiene una serie de funciones que la memoria contemporánea ya no posee. En virtud de las funciones que le atribuyeron, la memoria antigua es un activo operador intelectual y social. Es posible individualizar tres campos principales de acción de la memoria antigua, que examinaremos según los testimonios que quedaron: la memoria como función intelectual en la filosofía griega, la memoria como fase constitutiva en la retórica latina y la memoria como técnica del discurso cotidiano tanto en el mundo griego como latino.

El complejo modelo filosófico elaborado por Aristóteles completa y sistematiza la reflexión griega precedente. En él, la *memoria* es una de las diversas funciones del Alma de los seres vivientes. Esa es en particular su función mental, en el sentido de reconocer y conservar el conocimiento universal elaborado por el intelecto; de conservarlo pero teniéndolo siempre a disposición, para sacarlo de su lugar transmitiéndolo a la atención mental en el momento en que se está frente a un objeto, una situación, un estado de cosas específico, que requieran ser comprendidos. Comprender qué cosa es un objeto significa, en el sistema aristotélico, confrontar los rasgos específicos del objeto que se está observando, gracias a la interpretación operada por los cinco sentidos, con los propios de nociones universales, o bien con las ideas abstractas, conservadas en la memoria, para decidir cuál es la identidad efectiva del objeto singular que se está observando. Es decir, se trata de reconocer la naturaleza de las cosas, confrontando los casos específicos puestos frente a la atención de los sentidos con los diversos modelos generales (nociones intelectuales) presentes en la mente y activos en la memoria misma, para descubrir a cuáles de estos modelos generales puede ser referido el objeto específico. Se trata de una operación que, en términos semióticos, podemos definir como la confrontación entre el *type* conservado en la memoria y los diversos *tokens* encontrados por los sentidos.¹ El proceso del conocimiento des-

¹ En la teoría del conocimiento, Peirce llama *Type* al modelo general y abstracto de un determinado objeto, elaborado en la mente a través de inferencias sucesivas o a través de la comparación entre cada uno de los diferentes individuos pertenecientes a una misma clase, y que constituye este objeto como signo en la mente en forma de Símbolo general. Es, por lo tanto, "la idea general" de un objeto de la filosofía sensualista moderna. El *Token* es, en cambio, cada objeto o signo real perteneciente a esta clase general que se presenta a la percepción y al conocimiento individualmente y en un determinado lugar, momento, ocasión. Cada *type* comprende en sí también reglas de reconocimiento del objeto (cuando se presenta un *token* a la percepción) y reglas de producción del símbolo general (producible como signo, es decir como Símbolo, por ejemplo bajo forma de palabra, imagen, sonido o composición de materias múltiples como es el Símbolo.

crito por Aristóteles es, en realidad, de gran complejidad, pero también está enteramente entretelado de procesos semióticos que acaban por constituir el conocimiento mismo.

Aristóteles describe el proceso del conocimiento, en particular, en *De Anima* y en *De sensu et sensibilibus*, dedicados al análisis de las diversas funciones vitales del organismo viviente y al proceso de la percepción sensible. En su teoría, que asume y revisa la tradición precedente completándola en un cuadro sistemático general, el alma es un complejo integrado por las funciones de la vida, es también el conjunto de todas las funciones que mantienen con normalidad viviente y operante un organismo biológico. Es, además, lo que hace existir y vivir el cuerpo orgánico en cuanto compuesto indisoluble de materia orgánica y de forma, o sea, principio activo que vuelve operante de un modo dado la materia. Describir el funcionamiento del alma es, entonces, describir el funcionamiento de la vida terrestre.

El alma comprende, al menos, cinco diversas funciones o facultades: facultad nutritiva, facultad sensitiva, facultad motriz, facultad pensante, facultad desiderativa (que comprende deseo, valor y voluntad). Estas funciones contienen, por lo tanto, todos los procesos de la vida, y con variaciones son poseídas por los organismos vivientes: todos (plantas, animales, hombres) se nutren y crecen, pero sólo los animales tienen sentidos y se mueven, mientras que sólo el hombre tiene la facultad de pensar o del intelecto. La facultad de pensar comprende en su interior diversas funciones, entre las cuales está la memoria, que se coloca, de hecho, en el límite entre sensaciones e intelecto y es, por cierto, necesaria en los procesos del pensamiento humano.

La descripción de los procesos de la percepción sensible y del proceso del intelecto ocupa las partes centrales de los dos tratados aristotélicos, luego fue adoptada por la mayor parte de las escuelas filosóficas sucesivas, salvo la de Teofrasto, que no la

Peirce describe *Type* y *Token* en los *Collected Papers*, en 2.249 y 4.537. También véase Proni 1990:250.

consideró un punto de discusión serio en su teoría. Descuidada en la Antigüedad tardía, se desconoció en el medioevo que no conservó los dos libros de Aristóteles, y sólo en el siglo XIII se conoce a través de la traducción árabe de Avicena (980-1037) y de la filosofía de Averroes (1126-1198). De acuerdo con la interpretación de Averroes, quien sostiene la hipótesis del Intelecto Universal separado del cuerpo, se origina el conflicto filosófico orientado por Tomás de Aquino contra la interpretación averroísta de Aristóteles en lo que atañe a las doctrinas del intelecto y de la sensación. El éxito de este conflicto será la doctrina filosófica de Tomás, en particular la *Summa Theologicae* y la *Summa contra Gentiles*, que influencia sustancialmente la cultura europea moderna en tanto se asume como doctrina teológica oficial de la Iglesia.

Estudiar el funcionamiento de la mente y de la memoria significaba para Aristóteles, como a continuación para Tomás de Aquino, comprender el funcionamiento de la vida y del pensamiento humano. Los procesos de la percepción, del pensamiento y del conocimiento, son descritos globalmente como una secuencia o una cadena de procesos semióticos, de comunicación de informaciones de los datos sensibles de los objetos a las ideas abstractas en la mente, que implican la interpretación del significado de los mensajes transmitidos en una cadena imparabla que lleva a la formación de las ideas superiores, según mecanismos de significación considerados naturales y privados de error. En esta cadena entran en juego muchos y diversos tipos de signos transmitidos de un elemento al otro.

La fuente del conocimiento es el objeto realmente existente, dotado de cualidad específica presente en su materia. El primer tipo de signos son los propiamente *sensibles* —colores, formas, sonidos, olores, sabores, gustos— y *tangibles* que son transmitidos por los cuerpos y recibidos por los sentidos. Los sensibles son fragmentos que hacen las veces de *expresiones*, cuyo *contenido* son las respectivas cualidades materiales reales: constituyen una disección analítica del objeto en rasgos distintivos mate-

riales, rasgos de tipo físico, que son transmitidos por el aire (lo diáfano) hasta los órganos de los sentidos que los reciben y perciben separadamente. Los diversos órganos de los sentidos (ojos, oídos, piel del cuerpo, órganos del tacto, nariz, gusto) reciben los respectivos *sensibles* y los transmiten al *sentido común*, que pertenece a la *sensación*, el cual releva los datos enviados por los órganos de los sentidos y los une a los *sensibili comuni* (formados en el *sentido común* de un juicio coordinador entre los propios sensibles). El *sentido común* transforma estas señales materiales en *sensaciones* verdaderas y propias, percepciones físicas en el cuerpo, dadas como signos de las impresiones externas. Las *sensaciones* son ahora rasgos distintivos, separados entre sí pero internos al cuerpo humano. En el cuerpo se transmiten, por una vía física interna que Aristóteles no profundiza, a la facultad del pensamiento, de la imaginación (*phantasia*), que tiene la tarea de reproducirlos en forma abstracta, inmaterial, y reunirlos en una imagen única que reproduce los caracteres perceptibles del objeto. Crea así una copia abstracta del objeto en la mente: el *phantasma*, copia abstracta e inmaterial del objeto individual que constituye un dato de conocimiento intelectual. Este *phantasma*, que podemos entender como una representación visual mental del objeto, está compuesto por formas o especies *inteligibles*, que son los rasgos distintivos abstractos que se ofrecen de manera inmaterial al intelecto: no son otra cosa que las sensaciones transformadas de datos físicos en datos inmateriales, condición solicitada al conocimiento para su presentación ante la mente. El *phantasma* es un nodo central del proceso, porque consiente el conocimiento de los objetos reales en forma abstracta en la mente, pero además porque permite la formación de conocimientos generales a partir de los individuales. El *phantasma*, en efecto, se descompone en las especies *inteligibles* abstractas, que se transmiten a la función interna del intelecto llamado *intelecto agente*, el cual recibe las especies y las transmuta en *formas*, o en nociones de tipo general entre las cuales las especies *inteligibles* recibidas son un caso (son rasgos distintivos abstractos pero indivi-

duales). Se trata, entonces, del mismo conocimiento que es traducido de lo individual a la forma, según su aspecto de naturaleza general o universal, o según su capacidad de presencia en múltiples objetos, más allá de lo específico que constituye el dato de partida. Es este pasaje del conocimiento de objetos individuales a nociones o categorías generales, el horizonte final del proceso del conocimiento. El *intelecto agente* envía finalmente las *formas* (rasgos distintivos abstractos y universales) al *intelecto pasible*, que las recibe y las reensambla a su vez, produciendo así, como dato último y final, los pensamientos, los conceptos primeros, o abstracciones, o bien las ideas abstractas y generales tomadas en su naturaleza universal. Estas ideas o nociones generales son el resultado último del proceso de conocimiento y constituyen el repertorio de los conocimientos generales producidos por la mente humana. Una vez elaborados, van a ser utilizados formulando la identidad de los objetos individuales con que se enfrentan, y serán enviados a la *memoria* que los conserva para sacarlos cuando un objeto individual requiere ser comprendido. Cada vez que se percibe un objeto, la mente extrae una idea general de la memoria para verificar, para confrontar si se trata de un objeto ya conocido; si no lo es, elabora una nueva idea general referida a ese objeto específico. La *memoria* es, por lo tanto, un depósito de nociones generales necesario para el obrar del conocimiento: da velocidad al conocimiento y a la percepción, y es activa en tanto está organizada de tal manera que sea posible sacar del archivo rápidamente las nociones generales ya seleccionadas como las más aptas para verificar la naturaleza del objeto específico encontrado por la percepción. Sin la *memoria*, no podrían existir conocimientos generales, y cada momento singular de la vida humana sería cada vez un nuevo acto de descubrimiento de datos y conocimientos nuevos, un proceso de eterna actualidad y existencia en el presente. No sólo no existiría la acumulación de conocimientos de la experiencia, sería imposible para la mente formular conocimientos generales conservables más allá de la breve actualidad del momento presente.

El sistema de Aristóteles permite organizar un modelo empírico del conocimiento que continuará siendo la base de las teorías del conocimiento y de la percepción en la concepción empírica y realista del mundo antiguo, sin ceder ni a las teorías atomísticas y corpusculares ni al innatismo y al idealismo platónico. En efecto, el objetivo de Aristóteles era esta doble oposición: justificar un modelo gnoseológico empírico y realista, que explicara el origen material y justificado del conocimiento humano (legitimando así las ambiciones científicas) sin aceptar la hipótesis corpuscular de los atomistas, que era indemostrable. Para constituir este sistema, que por su éxito es aceptado y conservado en la antigüedad, y que será reestablecido después de su redescubrimiento medieval tardío, Aristóteles da relieve a la *memoria* que asume un carácter no sólo operativo sino también condicionante de la posibilidad real del conocimiento.

En el mundo latino la *memoria* aparece, en cambio, como una de las cinco fases codificadas de la Retórica, necesaria para la organización del discurso que el rétor o el orador debe pronunciar frente a su público. La introducción de la memoria es una de las novedades de la retórica latina respecto de la griega. En los libros sobre Retórica, escritos por Aristóteles, la memoria está ausente: el lugar que ocupa entre las funciones del alma no permite considerarla un puro instrumento técnico que pueda ser manipulado libremente por un orador en la práctica del discurso persuasivo. La memoria aristotélica no concierne al artificio social de la persuasión, ciencia basada sobre lo *probable* y sobre la *opinión*, la *doxa*, o sobre las opiniones y las creencias socialmente difusas, que pertenecen al campo de la retórica. Ataño, en cambio, a la certeza de verdad del conocimiento, cuyo origen es la relación empírica con los objetos reales del mundo; y su destino es la elaboración, en la mente, de las ideas y de las nociones auténticas, reino de lo *verdadero* y no de lo *probable*. La *Retórica* de Aristóteles describe las reglas de una técnica metódica de la persuasión, o del uso sagaz de las argumentaciones para convencer al auditorio. Esta ciencia nace en la Sicilia griega del siglo V a. C.,

se difunde en Atenas después de la reforma democrática de Pericles, iniciada en el 461 a. C., según la cual el ejercicio del derecho de habla para sostener y defender libremente la propia causa en tribunales y la propia opinión en la asamblea de los ciudadanos, se vuelve el apoyo esencial de la civilidad democrática. Profundizada y enseñada por rétores profesionales, recibe en la *Retórica* aristotélica la primera codificación general conservada hasta hoy. El análisis técnico de Aristóteles hace sistemáticos los principios operativos de la retórica e introduce nociones conservadas hasta hoy en la técnica de la persuasión, como la distinción entre ejemplos y pruebas, o entre lugares comunes y lugares específicos, o también aquella entre *éthos* y *pathos*. Su presupuesto es que el razonamiento exhibido en el discurso debe ser capaz de convencer secundando las opiniones del oyente, haciéndole retener que la conclusión alcanzada por el orador, o su hipótesis o su tesis, son coherentes con sus opiniones; pero la habilidad del rétor es dar aspecto de coherencia a cualquier tesis que quiera defender. En el elenco de las partes del discurso, Aristóteles comprende la búsqueda de los argumentos, la disposición de las partes, el estilo expresivo, la declamación, lo gestual y la mímica, la organización lógica interna del discurso, e instrumentos concomitantes como la fama de confiabilidad y de honestidad del rétor (*éthos*). Este es el código de la retórica que fue transferido por la cultura latina, junto a los manuales posteriores como aquél atribuido a Ermagora de Temno (siglo II a. C.). En el mundo latino la retórica se desarrolla en muchos planos: se vuelve práctica oratoria pública que inflama la vida política, los conflictos civiles y las revueltas sociales del reino y de la república; pero también es una elaborada técnica judicial en el complejo sistema legal de los tribunales romanos, y, asimismo, técnica de discusión filosófica y pública sobre temas teóricos generales. Se profundiza en cada uno de los aspectos técnicos, destinados al uso concreto en los tribunales, en el Senado o en las plazas. En este contexto, en el primer manual sistemático de la retórica latina, la *Rhetorica ad Herennium* del 88/82 a. C. (hoy atribuida al

rétor Cornificio), se encuentra la memoria, adoptada como una de las cinco partes del discurso o “habilidad del decir”. La retórica aparece en este texto como una técnica que se aplica por excelencia en el debate civil y moral, y requiere por eso una competencia ética y cultural. Las cinco partes del discurso son: *inventio* (búsqueda de los argumentos adoptados para sostener la propia tesis), *dispositio* (organización lógica del discurso, distribución de los argumentos en orden a su eficacia y convencimiento), *elocutio* (expresión estilísticamente eficaz), *memoria*, *pronuntiatio* (capacidad de regular de modo eficaz y pertinente la voz, el rostro y los gestos). La memoria es *firma animi rerum et verborum et dispositionis perceptio*, “firme adquisición en la mente de las ideas y de las palabras, y de la disposición de ellas” (I, 3), o bien la capacidad de organizar la mente con el fin de recordar el orden, las palabras y las ideas del discurso. A la sazón, es la técnica de pura conservación de los datos que son proyectados y programados, en su totalidad y en el orden escogido. Esa es una capacidad natural que puede ser desarrollada con una adecuada ejercitación, y puede ser potenciada por una técnica específica que toma el nombre de *memoria artificial*:

Ocasiones más oportunas tendremos para explicar si la memoria depende de la técnica o si su origen está entero en la naturaleza. Hablaré ahora de esta materia dando por supuesto que en ella la técnica y los preceptos son de suma importancia. Por mi parte creo que existe un arte de la memoria [...] Existen dos tipos de memoria: una es natural, la otra producto de la técnica. La memoria natural es la que aparece de manera innata en nuestras mentes y nace al mismo tiempo que el pensamiento. (*Retórica a Herenio*, III, 198-199).

La *Rhetorica ad Herennium* registra, pues, las diversas fases de la argumentación, que serán canonizadas por los teóricos posteriores y se conservarán en el medioevo: exordio (dividido in *captatio benevolentiae* y *protasi*), narración de los hechos, plano del reparto de los argumentos, demostración, refutaciones de las hipótesis del adversario y conclusión. Los textos principales de

la retórica latina sucesiva, como los diversos libros de Cicerón sobre la retórica (*De oratore*, *Brutus*, *De inventione*, *Orator*, *Partitiones oratoriae*) y la *Institutio oratoria* de Quintiliano, desarrollan con profundidad esta instalación de base agregando numerosos perfeccionamientos, como las doctrinas de Cicerón sobre los estilos y las virtudes de la expresión, o los repertorios de las figuras y de los tropos, desarrollados sobre todo por Quintiliano. Completamente extraña a este enfoque es la nueva retórica de la palabra simple y esencial, pero apasionada y noblemente impetuosa, expuesta en el tratado *De lo sublime* del siglo I d. C., que confluirá en la retórica y en la elocuencia cristiana a partir del siglo IV d. C.

Ya en la *Rhetorica ad Herennium* el espacio dedicado a la memoria es amplio, y deja entrever una aplicación técnica más profunda. Cicerón la expande en *De oratore*, pero es Quintiliano quien la describe con extensión después de habernos indicado ora la función técnica de la retórica, ora su valor general como depósito de conocimiento. En la retórica, la memoria es instrumento de organización y preparación del discurso:

Pero no podemos decir cuánto pide el asunto, ni a su tiempo, sino ayudados de la *memoria*. Por lo que ésta constituye la cuarta parte. (*Institución oratoria*, III, III, 148).

Su función es descrita como esencial:

Porque toda la ciencia tiene su fundamento en la memoria, y en vano nos enseñarían si se nos olvidase todo lo que oímos, y esta misma potencia nos pone delante de cierta como provisión de ejemplo, leyes, respuestas, dichos y hazañas de las que debe estar bien provisto y tener siempre a la mano un orador. Y no sin razón se llama ésta el tesoro de la elocuencia. (*Institución oratoria*, XI, II, 520).

Más didáctico que Cicerón, Quintiliano registra (en XI, II,) una serie de técnicas simples y elementales para recordar el discurso preparado por el orador, entre ellas se encuentran: apren-

der un discurso por secciones que no sean demasiado breves, aprender a fijar los límites de estas secciones y aprender a conectarlas hablando, utilizar símbolos visuales como apuntes sintéticos de guía, preparar un trazo sobre la tablilla, repasar mentalmente o en voz baja los puntos del discurso y partes enteras completas (pero sin decirlas en voz alta) con el objeto de memorizar la secuencia de los puntos y sus conexiones lógicas. Al final, los dos instrumentos más potentes para el desarrollo de la memoria son el ejercicio y la aplicación, y por esta razón los niños deben ejercitar la memoria, debe aliviarse el aburrimiento del ejercicio con la elección, para ellos, de textos breves y divertidos. La memoria es una facultad receptiva al punto de mejorar la cualidad y la apariencia del discurso, porque habitúa a recordar mejor los hechos cotidianos, da la impresión de que se improvisa y crea “una reputación de presteza de mente tal que damos la impresión de no traer de casa lo que decimos sino de haberlo captado en el momento, lo que es de gran provecho tanto para el orador cuanto para la misma causa” (XI, II, 46). La memoria nace y se caracteriza como cofre y depósito, pero se torna activa *productora de capacidades*, contribuyendo en la retórica latina al mejoramiento de las facultades intelectuales humanas, aunque de modo muy diverso al de la función del alma aristotélica.

En el mundo latino, sin embargo, la memoria no es sólo técnica retórica. Tanto en Grecia como en Roma es también técnica de vida y de discurso cotidiano gracias a la difusión de la particular disciplina denominada, desde sus inicios, “memoria artificial”. Disciplina hoy olvidada, esa particular técnica constituía un saber precioso y celebrado en la cultura antigua. El *arte de la memoria* era conocido como una técnica prodigiosa en tanto ordenaba y controlaba el propio sistema personal de recuerdos y de archivo eficaz de las propias ideas, los conceptos y el discurso. Redescubierta recientemente por la historiografía filosófica gracias a dos estudios, de Rossi (*Clavis Universalis*, 1960) y de Yates (*The art of memory*, 1966), que iluminaron la enorme atención que le dedicaron rétores y filósofos, se describe

incluso la evolución interna que mudó, a través de los siglos, su uso y valor.

En la retórica latina cada vez que se menciona la memoria se sigue hablando de la memoria artificial. No obstante, ya la cultura griega había elogiado y legado figuras ejemplares de la capacidad de memorización de quien utilizaba este arte, cuya invención es atribuida por Cicerón y Quintiliano al poeta Simónides de Ceos (556-468 a. C.). Aristóteles la menciona fugazmente en cuatro ocasiones, pero no considera su conocimiento ni explica la dinámica de su funcionamiento en el intelecto. Platón, en cambio, tiene una posición antagónica, pues la piensa como una mecánica artificiosa del pensamiento, ampliamente utilizada por los Sofistas, que ofusca la memoria verdadera de las ideas, interfiriendo en el proceso del recuerdo de la realidad 'hiperurania' impreso en el alma.

El arte de la memoria nace y se desarrolla como parte de la retórica, puesto que sirve al orador para recordar el orden, la disposición y la organización del discurso, y a menudo también las mismas frases que deberá pronunciar. En el mundo griego, se utiliza también para *performances* espectaculares mediante las cuales los poetas y hombres públicos demuestran los excepcionales beneficios de su memoria, adaptándola a los más diversos usos. Las fuentes latinas que la transmiten y la describen son tres: la *Rhetorica ad Herennium* (III, 198-208), Cicerón en *De oratore* (II, 361-366) y Quintiliano en la *Institutio oratoria* (XI, II, 520-531). Se describe como una memoria artificial creada por la técnica humana que acompaña y refuerza, con la estimulación y los sistemas de enseñanza, la memoria natural (*Ad Herennium*, III, 198). Consiste en un sistema personal para archivar en la mente los recuerdos, los conocimientos adquiridos, o bien los datos y los argumentos que serán expuestos en un discurso.

El sistema se basa en dos tipos de elementos: *lugares* e *imágenes*. Es preciso, en un primer momento, elegir e imprimir en la memoria una serie de *lugares*, o bien una forma que concatena una serie de posiciones dispuestas en el espacio mediante una

determinada secuencia. El método más utilizado consiste en la memorización de la secuencia de las salas de un edificio, y de las diversas partes de las salas (ángulos, puertas, ventanas, muebles, estatuas, objetos decorativos):

Para aprender de la memoria algunos buscan lugares muy espaciosos, adornados de mucha variedad y tal vez una casa grande y dividida en muchas habitaciones retiradas. (*Institución oratoria*, XI, II, 523).

Cada uno de estos elementos es un lugar, y el edificio entero es un sistema estructurado que organiza la serie de lugares conocidos, así se sabe el orden con que se presentan a la vista al entrar por la puerta y haciendo el recorrido completo por las salas:

Llamamos *entornos* a ámbitos determinados por la naturaleza o por la mano del hombre, de dimensiones reducidas, completos y específicos, de características tales que podemos fácilmente asirlos y abarcarlos con la memoria natural. Por ejemplo, una casa, un intercolumnio, una habitación, una bóveda o cualquier cosa parecida. (*Retórica a Herenio*, III, 199-200).

Este sistema de lugares es una estructura de orden, de organización de las secuencias mnemónicas, y puede ser utilizado muchas veces para ocasiones diversas. Las *imágenes* son, en cambio, objetos o símbolos que se colocan mentalmente en el espacio de los lugares. Cada imagen representa y recuerda un dato que está convencionalmente asociado a ella:

Las imágenes son formas, símbolos, representaciones de aquello que queremos recordar. Así, por ejemplo, si queremos recordar un caballo, un león o un águila, deberemos situar sus imágenes en un entorno específico. (*Retórica a Herenio*, III, 200).

Mientras la serie de los lugares dispone el orden con que recordar los datos, obligando a recorrer un cierto itinerario, la serie de las imágenes refiere cada dato singular que se tiene la intención de recordar. El orador cumple con la imaginación un recorrido

por su edificio o bien transita de nuevo las diversas partes con la mirada, encontrando las imágenes que son dispuestas a lo largo del recorrido en el orden preestablecido:

Se imprime cuidadosamente en el alma todo cuanto hay en ella digno de notarse para que el pensamiento pueda sin detención ni tardanza recorrer todas sus partes. Y ésta es la dificultad primera, que la memoria no se quede parada en el encuentro de las ideas. Porque más que firme debe ser la memoria que ayuda a otra memoria. Además de esto distinguen con alguna señal lo que han escrito o lo que meditan para que les excite la memoria, lo cual puede ser o del total de la cosa, como de la navegación, de la milicia, o de alguna palabra [...] Y así todo esto lo ordenan de este modo: el primer pensamiento o pasaje del discurso le destinan en cierto modo a la entrada de la casa, el segundo portal de ella, después dan vuelta a los patios, y no sólo ponen señales a todos los aposentos por su orden o salas llenas de sillas, sino también a los estrados y cosas semejantes.

Hecho esto, cuando se ha de refrescar la memoria comienzan a recorrer desde el principio todos estos lugares y se toman cuenta de lo que cada uno vieron y con la idea de ellos se excitan la memoria, para que por muchas que sean las cosas de que es preciso acordarse vayan encadenándose de una en una, a fin de que los que juntan las que siguen con las primeras no se equivoquen con sólo el trabajo de aprenderlas. (*Institución oratoria*, XI, II, 523-524).

Cicerón aclara que en el centro del método está el orden mediante el cual la memoria se organiza, porque el orden es el que ilumina la memoria:

Y en consecuencia que quienes quisieran cultivar esta parcela del espíritu deberían tomar esos lugares y, aquello que quisieran retener en la memoria, habían de modelarlo con la mente y colocarlo en dichos lugares; que así ocurriría que la secuencia de las posiciones recordaría la secuencia de las cosas, y que por otra parte, que la figura denotaría las propias cosas. (*Cicerón, Sobre el orador*, II, 363).

Estos principios metódicos se acompañan de diversas reglas de mayor eficiencia para el sistema. La principal establece que

las imágenes son elegidas cuanto más extraordinarias y excitantes sean, porque su fuerza llama la atención más fácilmente al recuerdo de la cosa designada. Detrás de la sistematicidad del principio hay una amplia libertad de construcción del propio método. Las imágenes elegidas pueden ser completamente convencionales, casuales, personales (como rostros y figuras de amigos y conocidos), también pueden ser símbolos personales, figuras geométricas, figuras icónicas que requieren un contenido particular según alguna convención conocida o bien por inducción metafórica. Quintiliano pone como ejemplo el ancla, que puede servir tanto de signo de navegación como de un arma para el servicio militar (*Institutio*, XI, II, 19). En *Ad Herennium*, en cambio, se establece el principio de que las imágenes sean similares a las cosas designadas para ayudar al recuerdo, pues se tiene una reseña de los varios modos en lo que hay 'semejanza' (*similitudo*). Las semejanzas son de dos tipos principales: de las cosas o de las palabras. Hay semejanza de las cosas cuando las imágenes recuerdan o asocian rasgos directamente significativos de las cosas designadas. Hay semejanza de las palabras cuando cada palabra singular del discurso se asocia a una imagen. Se puede usar la imagen de un enfermo en el lecho con una taza en la mano, en la otra mano una tablita testamentaria y los testículos de un animal, para recordar que al imputado se lo acusa de haber envenenado a un pariente por razones de herencia, como lo dicen numerosos testimonios. En este caso, la imagen reenvía al hecho, la taza al veneno, y la palabra "testículos" (*testiculos*) reenvía por homofonía a los "testimonios" (*testes*). Luego se propone una suerte de acertijo para recordar la palabra singular de una frase. Aunque se proponga un criterio en apariencia claro, la semejanza se describe luego con una variedad extremadamente vasta y diversificada de formas y modos que la hacen muy personal y distribuida sobre más niveles, con criterios que cambian continuamente. En efecto, la "semejanza" puede ser fonética: entre las palabras que indican imágenes y contenidos (como entre "testículos" y "testimonios"), por similitudes de forma o de

figura entre imágenes y cosas recordadas, por juegos metafóricos entre imágenes y contenido, a veces por hábitos de asociación, por similitud de organización (las diversas partes del cuerpo humano para recordar los casos de la gramática latina), a veces por asociaciones completamente subjetivas, a veces por semejanza de cualquier aspecto entre tantos (la leche por lo blanco, o viceversa). En cada caso se selecciona un aspecto de la imagen y uno de la cosa recordada según la posible utilización variable caso por caso, o bien, a menudo, según el tipo de lugar o de imágenes elegidas. Se detiene mucho en esta multiplicidad de modos de elección de relaciones y de organización de la asociación entre imágenes y contenido (1992 y 1993), subraya la arbitrariedad y la funcionalidad, pues cada vez se usa la relación de asociación más cómoda y más práctica en el caso específico.

El sistema de los lugares que se elige puede ser, del mismo modo, muy variado: en lugar de un edificio puede ser una figura del cuerpo humano con sus diversas partes, un jardín, un anfiteatro, una escena con diversos personajes, el esquema del sistema astrológico del zodíaco, el plano de una ciudad. Esta libertad figurativa del esquema organizativo permite la máxima personalización del sistema y al mismo tiempo desencadena referencias, reenvíos y citas de otros ámbitos del saber que se utilizan como sistemas de lugares.

Cicerón es el autor menos interesado en erigir el arte de la memoria como un sistema aparte y en enfatizar la propiedad imaginativa, porque su interés por la memoria enfoca su uso por parte del orador en el tribunal, evitando conexiones con fines pedagógicos, filosóficos o de oratoria de plaza pública. Todo su tratado de la memoria se limita a los pocos párrafos en los cuales describe la mnemotécnica, y en los que registra diversos preceptos y consejos para mejorar la capacidad de recordar con precisión las fases del propio discurso: es necesario ordenar y ponderar los conceptos, ejercitarse metódicamente, conectar los conceptos a imágenes o configuraciones visuales que son más apropiadas para la memoria, usar palabras que recuerden en su

sonido las nociones que se deben recordar, utilizar imágenes fuertes y eficaces pero claramente distintas. Para Cicerón, el método sólo puede reforzar o despertar la memoria, pues ella es un don de la naturaleza que no puede ser creado artificialmente en quien no la tiene como disposición natural. Por esta razón, de entre todos, Cicerón es el más cauto en el tratado del arte mnemónico, y sus recomendaciones preanuncian los métodos de Quintiliano destinados a reforzar la memoria natural, junto al verdadero y propio arte artificial.

De hecho, el arte de la memoria es una técnica de organización de esquemas ordenados en los cuales se insertan argumentos específicos, cada vez diversos. La relación entre las imágenes y lo que recuerdan se establece por asociación según mecanismos de producción de significados variables y de diverso criterio, descritos como automatismos mnemónicos, que se aparean de manera evidente para la cultura antigua. Se recobra entonces, por ejemplo, el automatismo que Aristóteles atribuía a los recuerdos por vía lingüística, descrito no en el tratado sobre el alma sino en el *De memoria et reminiscencia* (451b-452a), donde Aristóteles describe rápidamente este automatismo como asociación entre dos ideas por semejanza, diversidad o contigüidad, por lo tanto, según reglas metafóricas y metonímicas que facilitan la transición desde el inicio de la cadena rememorativa hasta su resultado. El arte de los “lugares mnemónicos” se basa justamente en esta capacidad de transición asociativa: “por lo tanto se pasa velozmente de un punto al otro, por ejemplo, de la leche al blanco, del blanco al aire, de este a la humedad y de ahí uno recuerda el otoño, si de verdad buscaba esa estación” (452a).

La memoria artificial pone en acto normas de funcionamiento que el rétor domina y controla porque son esas mismas reglas retóricas de estilística de la *elocutio*, de uso de los tropos y de *dispositio*. El control de esta memoria es, para griegos y latinos, una técnica de dominio y de organización del pensamiento con el objeto de construir el discurso y dominar el cuadro de los propios recuerdos. Una técnica que se revela fundamental en el

ámbito del control de la comunicación oral, tanto más cuanto un vasto repertorio, de recuerdos, citas, reenvíos de parentesco y esquemas discursivos, es útil en las situaciones de comunicación inmediata, habituales en el ámbito retórico y poético en el que esta técnica ha sido desarrollada.

Estas tres formas antiguas de la memoria tienen en realidad muchos aspectos comunes, que se evidencian sólo después de haber observado los procesos y las diversas funciones puestas en acto durante su funcionamiento.

En primer lugar, estas memorias operan siempre activando una cadena de conexiones desde un inicio hasta una conclusión. Puede ser una transición de una imagen a otra, de un término a uno similar asociado, o de un punto del discurso a aquello sucesivo fijado en la memoria simple de Quintiliano, o bien una cadena de signos de la materia a la idea, elaborada en el intelecto a lo largo del itinerario de los sentidos, de las sensaciones, de las formas inmatriciales hasta el *type* de la idea modelo en el intelecto. En cada caso se trata de una cadena de elementos conectados en un itinerario obligado naturalmente o predispuesto convencionalmente, cuyo éxito es la aparición, la elaboración o la posesión de una noción o un concepto al cual está destinado el procedimiento completo. Lo que predispone eficazmente las conexiones es el arte llamado del buen rétor o del memorizador eficaz, cuando no son datos obligatorios en la constitución material de la realidad sensible e intelectual humana.

En fin, es común el carácter de productividad del proceso de la memoria con respecto al resultado final entendido como objetivo de la operación: la memoria da forma a un resultado conclusivo (idea general, significado de la imagen, recuerdo de lo que debe ser mostrado en el discurso) que no habría podido constituirse sin la intervención de su capacidad organizadora.

Cada memoria es, ahora, generadora y productora de una capacidad activa del hombre que mejora la cualidad natural y las facultades intelectuales. La capacidad, en primer lugar, de adquirir ideas y de identificar la naturaleza de las cosas recono-

ciendo los objetos, esto es, comprendiendo la naturaleza de los objetos hallados por la percepción, y permitiendo así emitir juicios; pero también la capacidad de pensar, gracias a la naturaleza universal de las nociones adquiridas y conservadas en ella. Genera, además, la capacidad de la transición veloz entre las ideas en el pensamiento y en el discurso, la capacidad de hallar el contenido asociado a las imágenes en el arte artificial, y la capacidad para el rétor de saber hablar de modo eficaz, según la descripción de la memoria natural de Quintiliano.

En conjunto, entonces, la memoria griega y latina no es un simple depósito para conservar datos adquiridos por las otras facultades, pues *produce resultado* al recorrer cadenas de interpretantes capaces de reenviar a un cierto contenido. Tal certeza de poseer el *contenido* elaborado se funda sobre la verdad de la realidad empírica en el proceso gnoseológico aristotélico, o bien sobre la voluntariedad convencional de la relación de significación establecida entre expresión y contenido en el juego de las imágenes y de su significado, según criterios que pueden ser entendidos como naturales (en la "semejanza") o arbitrarios (en el uso de asociaciones personales o inventadas), pero que de todos modos funcionan. Cada resultado es un interpretante obtenido por el recorrido en cadenas de interpretantes, necesarios o convencionales, en un proceso en el cual la memoria crea, o participa en crear, o hace posible encontrar significados: el proceso de la memoria es profundamente semiótico, puesto que actualiza y torna disponibles significados que no hubiera sido posible tener y utilizar sin su intervención. Esta es, entonces, una función intelectual de naturaleza semiótica, según la propiedad significativa y productora de nuevos conocimientos propia de los interpretantes, así como son descritos por Peirce. Su naturaleza semiótica no implica una función diversa del modo contemporáneo de entenderla, pero al mismo tiempo no recuerda, y sobre todo a los contemporáneos, la vitalidad esencial que la cultura europea a menudo le ha atribuido antes de aplanarla en el mo-

delo reciente del depósito-archivo, puro *thesaurus* para la conservación.

Bibliografía

- ARISTÓTELES, *De Anima*. Ed. cons.: *L'anima*, Bari, Laterza, 1957 [Versión en español: *Acerca del Alma*, Madrid, Gredos, 1978].
- _____, *De sensu et sensibilibus*. Ed. cons.: in: Aristotele, *On the soul. Parva naturalia. On breath*. Ed. W. S. Hett, London-Cambridge, Heinemann-Harvard University Press, 1958, pp.214-283.
- BERNARDELLI, Andrea y Roberto PELLEREY (1999), *Il parlato e lo scritto*, Milano: Bompiani.
- BLOCK, Irving (1960), "Aristotle and the physical object", *Philosophy and phenomenological research*, XXI, núm. 1, pp. 93-101.
- _____, (1961), "Truth and error in Aristotle's theory of sense perception", *The philosophical quarterly*, vol. II, núm. 42, pp. 1-9.
- BOLZONI, Lina (1992), "Costruire immagini. L'arte della memoria tra letteratura e arti figurative", in Bolzoni-Corsi (a cura di), pp. 57-97.
- _____, y Pietro CORSI, (a cura di) (1992), *La cultura della memoria*, Bologna, Il Mulino.
- CAVARZERE, Alberto (2000), *Oratoria a Roma. Storia di un genere pragmatico*, Roma, Carocci.
- CICERÓN, *De oratore*. Ed. cons.: in *Opere retoriche*, Torino, Utet, a cura di Giuseppe Norcio, 1976, 2 voll. [Versión en español: *Sobre el orador*, Madrid, Gredos, 2002].
- CORNIFICIO, (pseudo-Cicerón) *Rhetorica ad Herennium*. Ed. cons.: *La retorica a Gaio Erennio*, Milano, Mondadori, 1992 [Versión en español: *Retórica a Herenio*, Madrid, Gredos, 1997].

- DI NAPOLI, Giovanni (1963), *L'immortalità dell'anima nel Rinascimento*, Torino, SEI.
- ECO, Humberto (1975), *Trattato di semiotica generale*, Milano, Bompiani. [Versión en español: *Tratado de semiótica general*, México, Lumen, 1976].
- _____, (1984), *Semiotica e filosofia del linguaggio*, Torino, Einaudi. [Versión en español: *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Barcelona, Lumen, 1990].
- _____, (1990), *I limiti dell'interpretazione*, Milano, Bompiani. [Versión en español: *Los límites de la interpretación*, Barcelona, Lumen, 1992].
- _____, (1992), "Mnemotecniche come semiotiche", in Bolzoni-Corsi (a cura di), 1992, pp. 35-56.
- _____, (1993), *La ricerca della lingua perfetta nella cultura europea*, Roma-Bari, Laterza.
- MACHAMER, Peter K y Roberto G. TURNBULL (1978), *Studies in perception. Interrelations in the history of philosophy and science*, Columbus, Ohio State University Press.
- MANETTI, Giovanni (1987), *Le teorie del segno nell'antichità classica*, Milano, Bompiani.
- MODRAK, Deborah W. (1987), *Aristotle. The power of perception*, Chicago-London: University of Chicago Press.
- MORTARA GARAVELLI, Bice1 (1989), *Manuale di retorica*, Milano, Bompiani. [Versión en español: *Manual de retórica*, Madrid, Cátedra, 1991].
- PELLEREY, Roberto (1992), *Le lingue perfette nel secolo dell'utopia*, Roma-Bari, Laterza.
- _____, (1993), *L'azione del segno. Formazione di una teoria della pragmatica del segno attraverso la storia della teoria della percezione e della determinazione linguistica nella filosofia moderna*, Tesi di Dottorato di ricerca, Università di Bologna, Dottorato di ricerca in Semiotica, V ciclo.

- PRONI, Gianpaolo (1990), *Introduzione a Peirce*, Milano, Bompiani.
- QUINLISK, Franz Edward (1950), *The Thomistic Doctrine on the Possible Intellect*, Washington: Catholic University of America Press.
- QUINTILIANO, *Institutio oratoria*. Ed. cons.: *La formazione dell'oratore*, Milano, Rizzoli, 1997, 3 voll. [Versión en español: *Institución oratoria*, México, CONACULTA, 1999].
- ROSSI, Paolo (1960), *Clavis Universalis. Arti mnemoniche e logica combinatoria da Lullo a Leibniz*, Milano-Napoli, Ricciardi [Versión en español: *Clavis Universalis. El arte de la memoria y la lógica combinatoria de Lulio a Leibniz*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984].
- _____ (1990), "La memoria, le immagini, l'enciclopedia", in: Rossi, Pietro (a cura di), *La memoria del sapere*, Roma-Bari, Laterza, 1990, pp.211-237.
- _____ (1992), "Le arti della memoria: rinascite e trasfigurazioni", in Bolzoni-Corsi (a cura di), pp. 13-34.
- SASSI, Maria Michela (1978), *Le teorie della percezione in Democrito*, Firenze, La Nuova Italia.
- SCRIVANO, Fabricio (1992), *Le parole degli occhi: vista e linguaggio nel sapere rinascimentale*, Pisa, Pacini.
- SLAKEY, Thomas (1961), "Aristotle on sense perception", *Philosophical Review*, LXX, pp. 470-484.
- VEGETTI, Mario (1985), "Anima e corpo", in *Il sapere degli antichi*, a cura di M. Vegetti, Torino, Boringhieri, pp. 201-228.
- VIANO, Carlo Augusto (1990), "La biblioteca e l'oblio", in: Rossi, Pietro (a cura di), *La memoria del sapere*, Roma-Bari, Laterza, 1990, pp. 239-244.
- YATES, Frances A. (1966), *The art of memory*, London, Routledge & Kegan Paul. Ed. cons.: *L'arte della memoria*, Torino, Einaudi, 1972 [Versión en español: *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974].